



CAPÍTULO XXV

Salomon hace construir un palacio para él, y otro para su mujer.—Descripción de estos edificios.—Nueva visión de Salomon.—Construye murallas al rededor de Jerusalem.—Edifica muchas ciudades; somete el resto de los cananeos, y construye una flota para el comercio.—Visita de la reina de Saba.—En dónde estaba situado este reino.—Gloria de Salomon.—Su caída.—Dios le anuncia su castigo.—Jeroboam es avisado de los designios de Dios sobre él.—Evita las asechanzas de Salomon.—Rebelión de los idumeos y de los sirios de Saba.—Muerte de Salomon.—Duración de su reinado.—Si Salomon se ha salvado.—El libro del «Ecclesiastes».—El libro de la «Sabiduría.»

Después que el templo fué dedicado, Salomon construyó para sí mismo un palacio. Trece años completos se emplearon en construirle con los más preciosos mármoles, maderas, piedras y los materiales más preciosos, así como también con la más rica arquitectura que jamás se ha visto. Llamábasele el Líbano, á causa de la multitud de cedros que en él se colocaron en altas columnas, como una selva, en vastas y espaciosas galerías, y con un maravilloso orden. Las armas que allí se veían, doscientas picas y trescientos escudos, eran de oro. Admirábase en él, sobre todo, el trono real, en donde brillaba oro por todas partes, con la soberbia galería en que estaba erigido. La silla era de marfil, revestida de oro purísimo; las seis gradas por las que se subía al trono, y los escabeles en donde se colocaban los piés, eran del mismo metal; doce leoncillos guarnecian las gradas, seis á la derecha, seis á la izquierda, y dos leones á los dos lados del trono; los adornos que le rodeaban eran también de oro macizo. Cerca, se veía el sitio particular de la galería en donde se administraba justicia, todo construido en forma parecida.

Salomon construyó al mismo tiempo el palacio de la reina, su mujer, hija del rey Faraon, en donde por todas partes brillaban piedras, y en donde, con la magnificencia, se veía relucir una riqueza exquisita. Añádase á esto los lugares destinados para los equipajes, pues eran innumerables los caballos, los carros y los ata-

lajes. Los muebles y los oficiales de la casa del rey para la caza, tanto en su número como en su orden, respondían á esta magnificencia.

Todos los vasos en donde el rey Salomon bebía eran de oro, y toda la vajilla de la casa del Líbano era de un oro muy fino; ninguno de estos vasos era de plata; la plata no era contada para nada.

Cuando Salomon concluyó estas grandes empresas, y gozaba sin duda del reconocido afecto de su dichoso pueblo, del mismo modo que había llegado á ser la admiración universal de las naciones de los alrededores, el Eterno se le apareció segunda vez como se le había aparecido en Gabaon. A las antiguas promesas se unían esta vez terribles advertencias. Eran estas un nuevo favor. En medio de la prosperidad y de la gloria en que se veía el joven rey, tenía una gran necesidad de acordarse que, sin la fidelidad de Dios, todo esto no es más que una vanidad.

El Eterno le dijo pues: «He oído tu oración y tu plegaria que has hecho delante de mí. He santificado esta casa que has edificado á fin de establecer en ella mi nombre para siempre; y mis ojos y mi corazón estarán allí todos los días. Y tú también, si anduvieras delante de mí, como anduvo tu padre David, con sencillez de corazón y rectitud, é hicieras todo lo que te he mandado, y guardares mis leyes y mis mandamientos, afirmaré el trono de tu reino sobre Israel para siempre, segun lo prometí á David

tu padre, diciendo: No faltará varón de tu linaje en el trono de Israel. Mas si obstinadamente os apartareis vosotros y vuestros hijos, no siguiéndome, ni guardándome mis mandamientos y mis ceremonias, que os tengo prescritas, y os desviareis para dar culto á dioses ajenos, y adorarlos, quitaré á Israel de la superficie de la tierra que le di, y echaré lejos de mi presencia el templo que he consagrado á mi nombre, é Israel vendrá á ser el oprobio y la fábula de todos los pueblos. Y esta casa será para escarmiento; y todo el que pasare por ella quedará pasmado, y dirá: ¿Por qué Jehová ha hecho así á esta tierra y á esta casa? Y se le responderá: Porque dejaron á Jehová, su Dios, que sacó á sus padres de la tierra de Egipto, y se fueron tras los dioses ajenos, les adoraron y les dieron culto; por esto Jehová ha traído todos estos males sobre ellos (1).»

Después del templo y los edificios de la residencia real, Salomon construyó los muros de Jerusalem, y cumplió así el deseo que había mostrado su padre David. Comenzó también muchas ciudades y reconstituyó á Gazer, ciudad cananea de la tierra de Efraim, que su suegro Faraon había destruido, pero que dió en dote á la esposa de Faraon. Hizo tributarios á los cananeos que no habían sido subyugados, y fundó dos ciudades, Baalath y Tadmor, en el desierto de Siria, que, á causa de la enorme cantidad de sal que produce, es llamada en la Escritura Santa el Valle de Sal, y cayó bajo el dominio de David, cuando conquistó la Siria. Baalath, que los griegos traducían Heliópolis, quiere decir, Ciudad del Sol. Es posible que Salomon la diese este nombre cuando se dejó inducir al culto de los falsos dioses. Ahora se llama Balbek, que en árabe significa un lugar en donde los hombres se reúnen para el culto divino. Tadmor existe todavía hoy, y es llamada con su antiguo nombre por los árabes. Ha llegado á ser igualmente célebre entre los occidentales bajo el nombre de Palmira. Era un gran pensamiento político de Salomon el construir las dos ciudades en este desierto de sal,

(1) 3 Reg., 9, 2-9.

por donde pasaban las caravanas de este comercio indeciblemente rico, que se hacía entre la Fenicia y Babilonia. Favoreciendo así el comercio de Tiro, obligaba á su amigo Hiram, que le había ayudado tan poderosamente á construir el templo y el palacio real. Al mismo tiempo adornaba su propio reino con dos ciudades, que, á causa de su posición, eran de la mayor importancia. Así, con el tiempo, se elevaron á tal grado de esplendor, que sus restos corresponden á lo que la antigüedad nos ha dejado de más formidable y magnífico.

Grande en sus designios, activo en ejecutarlos, se dirige á Asiongaber, en la Idumea, é hizo construir naves, que, desde allí, así como desde Elath, descendían por el mar Rojo, á Ofir, nombre que verosímilmente designa las Indias ó la Arabia Feliz; traían oro, maderas de ébano y piedras preciosas. Salomon envió también hasta Tharsis una flota que, con la de Tiro, no volvió sino después de tres años, cargada de oro, plata, marfil, monos y pavos reales. Tharsis, sobre cuya posición se disputa, es vertida muchas veces en los Setenta por Cartago. Así es como, en compañía de los tirios, los más hábiles navegantes de la antigüedad, los israelitas conocían los mares y los continentes.

El brillo de su reinado y la vasta extensión de su comercio, extendieron el nombre de Salomon hasta las más apartadas regiones. El hijo de Sirac, dice expresamente, que su nombre fué célebre á lo lejos en las islas, expresión que, en el estilo de los hebreos, designa la Europa. La reina de Saba no resistió al deseo de ver á este gran príncipe. Se dirigió, pues, á Jerusalem con un numeroso séquito, acompañada de camellos que llevaban aromas, oro, piedras preciosas, para hacer con ellos presentes á Salomon, y experimentar ella misma su sabiduría por enigmas. Por singular que nos parezca este designio, no era extraño en este tiempo ni en el Oriente, en donde hoy todavía una sagacidad natural, unida á una vida ociosa, hacen amar mucho estos pasatiempos de ingenio. Los griegos y los romanos tenían también esta costumbre de divertirse los días de boda con enigmas. Ya Samson había propuesto



uno de estos en análogas circunstancias. Lo que hacían los demás hombres los días de fiesta y de júbilo, vino á ser despues una necesidad de todos los días en las córtes de los reyes. Puede creerse, sin embargo, que los enigmas de la princesa eran problemas de historia natural y de filosofía. Salomon los resolvió todos. La reina estaba arrobada; su admiración aumentaba á medida que veía los edificios que habia construido, el templo con los holocaustos que en él se ofrecían, el palacio, el órden que en él reinaba, ya en la administración del reino, ya en la elegancia y lujo de la córte. Ella le dijo al fin, fuera de sí: «Verdaderamente ciertas son las cosas que yo habia oído en mi reino acerca de tus pláticas y de tu sabiduría, y no daba crédito á los que me lo contaban, hasta que yo misma he venido y lo he visto por mis ojos, y he hallado por experiencia que no me han dicho la mitad de lo que es. Mayor es tu sabiduría y tus obras, que la fama que he oído. ¡Dichosas tus gentes! ¡Dichosos tus siervos, que están siempre delante de tí y oyen tu sabiduría! ¡Bendito sea el Señor tu Dios, á quien has complacido, y te ha puesto sobre el trono de Israel, porque el Señor amó siempre á Israel!»

La reina de Saba dió despues al rey ciento veinte talentos de oro, valuados en 8.264.400 pesetas, con una cantidad infinita de perfumes y de piedras preciosas. Salomon, por su parte, le dió todo lo que quiso y le pidió, sin contar los presentes que de su grado le hizo con magnificencia real, y que excedieron á los que le habia traído. Y la reina se volvió á su reino con sus criados (1).

Dos naciones se disputan el honor de haber tenido por soberana á la ilustre princesa: los árabes y los etiopes. Los primeros aseguran que reinó en el Yemen, ó Arabia Feliz, en Mareb, capital de la provincia de Saba; presentan tambien su genealogía, así como la historia de su viaje á la Judea, en la que cuentan que casó con Salomon, y que despues de su vuelta á la Arabia mantenía con este príncipe una larga correspondencia por medio de un ave llamada

(1) 3 Reg., 10; 2 Paral., 9.

huhhud, que era el portador de ella (1). Pero queriendo embellecer de esta manera su causa, la hacen sospechosa. Los etiopes pretenden, por su parte, que esta reina de Saba fundó su monarquía, y conservan tambien los nombres de sus sucesores. Añaden que ella tuvo de Salomon un hijo, que le envió á fin de que fuese elevado al trono despues de su persona; le llaman Meilik, ó Menilehek, y aseguran que veinticuatro de sus reyes fueron descendientes de él en línea recta, hasta Basilides, que reinaba á mediados del siglo VI. Las pretensiones de los etiopes, ó abisinios, nos parecen más verosímiles en el fondo. El historiador Josefo dice que la princesa que fué á Jerusalem, era reina de Egipto y de la Etiopía, y que Saba era la capital de este último reino; pero que Cambises le llamó despues Meroé, del nombre de su hermana (2); Meroé, en el alto Egipto, ha pasado siempre por el más poderoso reino de los etiopes. Antiguos autores cuentan que, durante muchos siglos, este reino de Meroé estaba gobernado por reinas que llevaban el nombre de Candace (3). San Lucas, en los *Hechos de los Apóstoles*, hace mención de un chambelan de Candace, reina de Etiopía (4). Herodoto nos cuenta que la Etiopía producía mucho oro, marfil y madera de ébano; además, los hombres eran de una estatura muy elevada, de muy bellas formas y muy larga vida (5). De estos probablemente habla el profeta: «Las ricas casas de Egipto, el comercio de la Etiopía, Saba, y sus hombres de prodigiosa estatura, pasarán hácia tí, Israel, y serán tuyos (6).»

La Etiopía se llama ordinariamente en la Escritura, tierra de Cus; el Egipto, tierra de Mizraim, del nombre de los dos primeros hijos de Cam. Pues bien; llamándose Saba el primogénito de Cus, y uno de sus nietos Schaba, habrá pasado este nombre, segun el uso antiguo, al principal reino de esta raza. Mizraim, Cus y Saba forman naturalmente, así unidos, como

(1) D'Herbelot, *Biblioth. Oriental*, art. *Balkis*.
 (2) *Ant.*, lib. VIII, cap. II; lib. II, cap. V.
 (3) Plinio, lib. VI, cap. XXIX; Estrabon, 17.
 (4) *Act.*, 8, 27.
 (5) Herod., lib. III, núm. 114.
 (6) Isaías, 45, 14.



las ramas de una misma familia. Nuestro Salvador llama á esta princesa reina del Mediodía. Aunque la Arabia esté al S. E. de la Judea, la Escritura no la designa, sin embargo, con el nombre de país del Mediodía, sino del Oriente, mientras que la Etiopía está exactamente al Mediodía de la Palestina. Diversas narraciones que encontramos entre los antiguos, y los restos aún subsistentes de Meroé, prueban que este reino se habia distinguido, por su cultura, entre los demás etiopes y los vecinos pueblos de Nubia.

Si la Escritura terminase aquí la historia de Salomon, jamás apareceria ningun rey más digno de la admiración de la posteridad. Un reino engrandecido por las victorias del padre, llevado al colmo de la prosperidad por la sabiduría del hijo; un pueblo innumerable, gozando con seguridad de las dulzuras de la vida; cada uno tranquilo y alegre, sentado á la sombra de su viña y de su higuera; un templo, maravilla del mundo, elevado al Dios del universo, recordando la unidad, no solamente á Israel, sino al género humano; Jerusalem, embellecida por dentro con este templo y los palacios, asegurada por fuera con fuertes murallas; estos trabajos ejecutados solamente por la mano del extranjero; el ciudadano, libre de toda servidumbre, ejercitándose en la agricultura y en las armas; la plata tan comun como las piedras, el cedro tanto como el sicomoro; las ciudades provistas de graneros en abundancia para los tiempos de guerra y escasez; una estrecha alianza con Tiro y Egipto, naciones entonces las más influyentes; escuadras combinadas con las de Tiro, que iban unas veces á las Indias y otras á Cartago, Africa y España, y quizás hasta la Bretaña, donde desde entonces los fenicios tenían sus factorías; Baalbek y Palmira, levantadas entre Oriente y Occidente como inmensos depósitos de comercio, adonde el Asia y la Europa acudian á cambiar sus riquezas y sus industrias. Despues de todo esto, un rey cuya sabiduría era admirada por los pueblos y reyes, que de otras partes afluían para oír y estudiar su ciencia. «Todá la tierra, le dijo el hijo de Sirac, admirará vuestros cánticos, vuestros proverbios y vuestras interpre-

taciones, y con ellas glorificará el nombre de Jehová, Dios de Israel (1).» Pero se oye con pena las palabras que añade: «Y despues de todo esto, habeis grabado una mancha á vuestra gloria, habeis profanado vuestra raza y atraído la cólera sobre vuestros hijos y la venganza sobre vuestro delirio (2).»

La sabiduría le fué concedida á Salomon cuando pidió un corazón dócil. Esta docilidad de corazón no la conservó siempre ni en todo; de aquí su caída. En la ley que Moisés dió de parte de Dios al futuro rey de Israel, estaba prohibido á este tener para sí muchos caballos, y especialmente el ocupar á su pueblo en que fuera á buscarlos al Egipto. Salomon hacia uno y otro. En ella se consignaba que el rey no debia educar su corazón con preferencia al de sus hermanos, ni hacer trasgresion ninguna de la ley. Un trono de marfil levantado sobre seis gradas, y en cada una de las cuales habia dos leones que servían de adorno, ¿no seria contrario á aquella ley? Tambien le prohibía esta ley acaudalar para sí grandes cantidades de oro y plata. ¿No era esto violar aquella ley, el emplear como hacia aquella inmensa riqueza para lujo y pompa de la córte? Lo que últimamente prohibía esta ley, era tener un gran número de mujeres, para que su corazón no se pervirtiera.

Pero el rey Salomon amó apasionadamente á muchas mujeres extranjeras; además de la hija de Faraon, de las mujeres de Moab, de Ammon, de Idumea, de Sidon y las del país de los heteos, á aquellas sobre las cuales dijo el Señor á los hijos de Israel: «No tomareis sus mujeres, ni ellos tomarán las vuestras, porque ciertísimamente trastornarán vuestro corazón para que sigais sus dioses.» A estas, pues, se unió Salomon con ardentísimo amor. Y tuvo setecientas mujeres que eran como reinas, y trescientas concubinas, y pervirtieron su corazón. Y siendo ya viejo, se pervirtió su corazón por las mujeres, hasta seguir los dioses ajenos, y su corazón no era perfecto con el Señor su Dios como habia sido el corazón de

(1) *Ecles.*, 47, 18 y 19.
 (2) *Ibib.*, 22.